

V.

Ciervo-veloz se levantó, abrió la ventana de la cabaña que correspondia al Norte, y llevándose á los labios la bocina que pendia de su cintura, la hizo sonar por tres veces de una manera prolongada.

Los ecos de la selva repitieron la robusta y vibrante voz de la bocina.

Despues de esto la bocina dejó oír un toque diferente.

Luego, Ciervo-veloz cerró la ventana y vino á sentarse de nuevo junto al hogar.

VI.

—¿Qué significa ese toque diferente que habeis dejado oír despues de los primeros?

—Ese toque quiere decir que se armen, que encuberten los caballos y que vengan con ellos.

—Supongo que traerán tambien el mio.

—Indudablemente.

—Estoy ansioso, añadió el caballero, por veros puestos en empresa: en mis escuderos confio, porque los he probado; pero esta es la primera ocasion que se me presenta de probaros á vosotros.

—Quedareis contento, dijo Ciervo-veloz: ahora, dadme licencia para que vaya á mi cabaña á armarme y á cobrar mi caballo.

—Id en buen hora, pero no tardeis; acordaos de que os he ofrecido contaros la historia de la hija del rey de Granada, y os la contaré mientras cenemos: id.

Ciervo-veloz salió.

Poco despues se oyó ruido de muchas voces y relinchos de caballos alrededor de la choza.

—A tiempo llegan, dijo Farfan: ya está el cochifrito á punto: voy á apartar para nosotros y á entregarles la sartén para que la limpien, en lo cual no tardarán mucho tiempo.

Y tomando de sobre un vasar un dornajo de madera, echó en él una buena parte de cervato.

Despues cogió la sartén por el mango, y yéndose á la puerta, dijo:

—¡Eh! ¡muchachos! ¡uno aquí! Se os presenta un cervato en adobillo; pan no le hay, vino por las nubes, y debeis dar gracias á Dios de que haya carne abundante; os encargo que no os comais la sartén.

Y Farfan se metió para adentro con las manos libres, señal clara de que la sartén habia pasado á otras.

VII.

—¿Y vos no os armais, Farfan? dijo el caballero del Aguila Roja: tengo deseo de probaros.

—Yo me armo pronto, dijo Farfan; toda mi armadura se reduce á un camisote de mallas, un coselete, una adarga y un almete, porque no quiero cargar con mucho hierro; nunca uso lanza; embaraza mas que sirve; me atengo á mi maña de armas con su bola de puntas, que no hay arnés que la resista si sobre él cae: no me acuerdo de haber usado nunca otra arma, y he matado mucha gente bien armada, y de un solo golpe: pero mi hacha de armas es tal, que no sirve para nadie mas que para mí. Vos, y cuenta que sois bravo y fuerte, no podríais herir con ella.

—Mostrad, dijo el caballero.

Farfan se levantó, fué al gran cofre de madera que habia en un ángulo, y le abrió.

En una parte de él tenia sus armas; en otra, pan, queso y algunos comestibles.

Aquel gran cofre era al mismo tiempo su armería y su despensa.

Cuando tenia dinero le ponía tambien allí, y entonces tenia un triple empleo el arcon.

Sacó Farfan de la parte destinada á armería una maza de armas.

Se componia esta de un grueso astil de hierro como de tres cuartas de longitud: al fin de este astil habia una cadena de una longitud igual, y en la punta de la cadena una enorme bola de hierro erizada de puntas de acero.

Farfan adelantó, levantó el arma, y moviendo su astil, hizo girar de una manera violenta la bola de hierro, que produjo un ronco zumbido: tal era la fuerza con que manejaba la maza Farfan.

Se comprendia que no hubiese un casco por bien templado y fuerte que fuese que pudiese resistir un golpe dado con aquella maza por Farfan.

—Y bien, dijo el caballero; herid el suelo, á ver si abris un agujero.

—¡Ah! la madera es muy correosa; hay sobre ella una capa de tres dedos de yeso recocado que se ha convertido en piedra, y las traviesas son muchas y están muy juntas; sin embargo, veremos.

Y Farfan, acreciendo el impulso de rotacion de la maza, la dejó caer sobre el suelo.

Se rompió el revestimiento de yeso y crujió poderosamente la madera; pero la pesada bola botó como hubiera botado una pelota.

—Dadme acá, dijo el caballero.

—Una apuesta, dijo Farfan: si no haceis mas que lo que yo he hecho, me dais veinticinco doblas; y si haceis mas, mandais que me den veinticinco azotes, que yo los recibiré.

—Pues daos por azotado, dijo el caballero haciendo girar sobre su cabeza la pesada bola de una manera mucho mas rápida que lo que la habia hecho girar Farfan.

Descargó un golpe tan terrible, que roto el revestimiento y la tabla, desapareció por el agujero la enorme bola.

—¡Jesucristo! exclamó Farfan con asombro y con miedo hácia el capitan; ¡el diablo os ayuda!

—Me ayuda Dios; tomad vuestra maza, y no volvais á decir que no hay nadie mas que vos que la maneje: en cuanto á los azotes, os los perdono.

Y despues de esto, se inclinó sobre el suelo y miró por el agujero que habia practicado, lo que habia debajo de la choza, que como ya sabemos, estaba levantada sobre cuatro pinos.

VIII.

Al reflejo de una hoguera se veian algunos hombres, cuyo número seria el de veinticuatro, y de cuyos arneses empañados, verdaderos arneses de aventureros, arrancaba la roja luz de la hoguera reflejos mates.

Estos hombres estaban en círculo á un lado de la hoguera, teniendo en el centro la sarten, de cuyo contenido daban buena cuenta.

Charlaban, reian alegremente como buenos camaradas.

Entre ellos habia cuatro hombres con arneses uniformes, y que relucian mucho mas.

Estos debian ser los primeros escuderos del caballero del Aguila Roja.

En cuanto á los demás, no se encontraba un arnés que se pareciese á otro ni una espada semejante á otra.

Se conocia que cada cual se habia armado como habia podido, y como el hierro es resistente, habia allí capacete anterior al de fecha mas moderna en un siglo y aun mas.

Lo mismo acontecia respecto á las lorigas y á los petos ó fajas de acero, que entonces aún no se usaban los arneses completos de punta en blanco con yelmo de encaje y visera, que empezaron á usarse en el siglo xiv, importados de Francia por los gendarmes de Beltran Duguesclin.

Los arneses del siglo xiii eran rudos, pesados, sin afectar en

nada la forma artística, acomodados únicamente á la defensa, y mas pesados y mas fuertes por mas rudos que los posteriores arneses de punta en blanco.

IX.

Pero si en los arneses no se parecían aquellos bravos aventureros, en cuanto á los semblantes, tenían lo que podia llamarse aire de familia ó de casta.

Todos eran fornidos, de gran estatura, atezados por la intemperie, con larga cabellera, con larga barba y con la mirada hosca y dura, en que estaba estereotipado su oficio.

Eran, en una palabra, el tipo perfecto del aventurero de la segunda mitad de la Edad Media, contenido cuando servia á sueldo del rey ó de un señor severo, y maleante y ladron cuando campaba por su respeto, sometido por conveniencia á las órdenes de un capitán de aventuras, que tanto podia llamarse capitán de bandidaje.

X.

Al fragor que habia producido la ruptura del suelo de la choza que á ellos les servia de techo, levantaron la cabeza, y como si nada les hubiera estrañado aquello, y comprendiendo que era un entretenimiento del enano gigantesco Farfan, volvieron á inclinar la vista á las tajadas, y sin hacer la mas ligera observacion acerca de lo que acababa de suceder, continuaron comiendo, charlando y riendo.

El caballero del Aguila Roja continuó mirando por algun tiempo á su gente con la fijeza de un general que examina el aspecto de sus soldados un momento antes de entrar en batalla,

—Es buena gente, se dijo; con ella se puede ir á todas partes.

Y se levantó.

Encontróse á Farfan cubierto con un camisote de mallas tan largo, que le servia de túnica talar, encajado un fuerte casco, completamente esférico, y ceñida una larga espada que le arras-traba.

En aquel momento se ajustaba sobre el pecho y sobre los hombros unas fajas de acero fuertemente claveteadas.

—Con embrazar la adarga, montar á caballo y colgar del arzon la maza, estoy listo; pero cuánto tarda Ciervo-veloz; tengo hambre, voy á poner la mesa; el capitán, su primer escudero y su portaestandarte no pueden comer como la demás canalla.

Y se fué al arcon, tomó un gran pan medianamente moreno, una gran limeta cuadrada de vidrio ordinario llena de vino, y un cuchillo, y los puso sobre la mesa.

Despues partió en pedazos el pan.

Luego puso sobre la mesa el dornajo de madera lleno de tajados de cervato.

El guiso tenia un aspecto rojo y olia fuertemente á vinagre, pero con un aroma apetitoso.

XI.

En aquel momento apareció en la puerta, armado de los piés á la cabeza, Ciervo-veloz.

Traia en la mano una larga pica, y pendiente de ella un estandarte acabado en punta barreado de negro y rojo.

Esto indicaba que el alférez ó portaestandarte de que habia hablado Farfan, era Ciervo-veloz.

—¡Eh! ¡cuidado! le dijo Farfan: detente, mira no vayas descuidado á meter el pié por el agujero y te rompas una pierna, que será lástima.

—¿Quién ha hecho esto? preguntó Ciervo-veloz.

—El capitán con mi maza, contestó Farfan.

—¡Jesucristo! dijo Ciervo-veloz; os suplico, capitán, que si os enojo no me dejéis sentir vuestra maza.

—Cenemos, dijo Farfan; y para hacer boca empinaos el frasco, capitán.

—Yo no bebo mas que agua, respondió el caballero.

—Pues parece mentira, contestó Farfan; porque teneis una sangre que parece criada con vino.

Y tomando con ambas manos el frasco que tan grande y tan pesado era, se lo embocó, estuvo cinco minutos mirando á la techumbre, y despues entregó el frasco á Ciervo-veloz, que le hizo una merma no menor que la que le habia hecho Farfan.

Inmediatamente despues fué acometido el dornajo.

Las pequeñas y bellas manos del caballero asían la carne del mismo modo que las rudas y callosas de sus comensales, y como ellos comia con apetito, y aun pudiéramos decir que con delicia, aquel áspero y negro pan.

Porque como dice un adagio vulgar, no hay salsa mejor que la de San Bernardo (San Bernardino podríamos decir nosotros).

Pasados esos primeros momentos en que solo se atiende á calmar el hambre, el capitán dijo:

IX

CAPITULO IV.

EN QUE SE DICE LO QUE POR SER LARGO NO SE HA DICHO EN EL ANTERIOR.

II

I.

—Os he prometido contaros la historia de la sultana Zayda Fatima, como se llamaba, ó de doña María de Granada y de Molina, como se llama ahora. Yo he conocido á esa dama en la casa de la reina doña María, porque yo he servido á la reina, y tan lealmente, que por servirla mejor me veo sin patria y sin deudos, vagando de acá para allá y sin saber cuándo tendrán fin mis trabajos.

—¿Y qué hicisteis, capitán, con la reina, que en el aprieto en que estais os puso? dijo Ciervo-veloz.

—Os he prometido contaros la historia de doña María de Granada, pero no os he prometido contaros la mia; me irrita el que se me pregunte acerca de lo que no quiero contestar; oid:

Tenia el rey de Granada Mojammet-ben-Yusef-ben-Nazar-el-Ansari....

—¿Por qué han de ser tan largos los nombres de estos reyes